



EVA.

AL principio crió Dios el cielo y la tierra. La nada obedeció por seis veces su voz omnipotente: los elementos de la materia salieron del no sér, y fueron creados, para contenerles, los inmensos espacios. El Dios, que se bastaba á sí mismo para su felicidad y para su gloria, quiso manifestarse y ser amado y adorado en sus criaturas. Extendió el firmamento como un pabellon de azul, deramando en el espacio las estrellas como una arena brillante: dió al sol una diadema de fuego, y vistió á la luna con un manto de suave y deleitosa luz: trazó con su eterno compás las distancias, el curso, las órbitas de cada uno de los globos, que surcan en silencio la esfera inmensurable sin tocar ni confundirse, y señaló con su dedo su límite á los astros como á las olas del mar. Su mano arrojó sobre la faz de la tierra su manto de verdor y de flores, y con la misma vació la prision profunda donde duerme el Océano, que



Viuda e hijos de Arango.

A. R. Sanchez lit.

Lit. Uano y C.

EVA.

tasca el freno con el furor de un cautivo, pero con la docilidad de un súbdito, y envió seres vivientes, repartidos en numerosas repúblicas, para poblar y alegrar las llanuras del aire, las aguas y los campos. Fecundó las entrañas de la tierra para que en su seno se reprodujeran todas las generaciones de las plantas, brotando de ella en mil esmaltados colores para alimentar y deleitar á los vivientes. Mas en medio de esta pompa magnífica de opulencia y de belleza, en este aparato encantador de goces y de placeres, el universo se parecía á un imperio sin rey, á un templo sin pontífice: aguardaba á un príncipe á cuyos piés pudiese derramar la abundancia de sus tesoros, un intérprete que convirtiese en himno de adoracion y de gracias el concierto armonioso de las criaturas, y sublimase sus ciegos homenajes hasta la dignidad de un acto de amor. Así Dios acabó su obra; y el hombre, sacerdote y rey, entró en el universo.

Una palabra de mando habia producido las demas cosas, porque estas cosas, cuando mas, no podian sino obedecer á Dios sin espíritu, y publicar su gloria sin corazon. Mudos instrumentos de un artífice supremo, engrandecian y publicaban su poder infinito por el ciego impulso que aquel les habia dado, pero sin la inteligencia de la admiracion y del reconocimiento. Dios habia dicho: Hágase la luz, y la luz fué hecha. Mas para producir al hombre sale del querer de Dios una palabra de consejo, porque el hombre iba á ser dotado con el arma de la libertad moral, capaz de una fidelidad consentida y árbitro de su destino, y por esto dijo Dios: «Hagamos al hombre á nuestra imájen y semejanza, y que mande á los peces del mar, á las aves del cielo, á los animales, á toda la tierra, y á todos los reptiles que sobre ella se mueven.» Y tomando un poco de barro, dió á esta obra de sus manos un soplo de vida inmortal, poniendo en ella una alma inteligente y libre. Pareció, pues, el hombre, y fué llamado Adan, porque era formado del lodo de la tierra. Hermano de los ángeles por su naturaleza espiritual, el primero de los seres visibles por la belleza de sus formas, viene á ser en cierto modo el horizonte del mundo, el

cual encuentra en él un complemento y un compendio de todos sus resplandores. Hecho á imájen y semejanza de Dios, hay en su frente cierto destello de la gloria increada, y en su mirar una especie de revelacion de la eterna sabiduría. Su sonrisa es como una centella de la felicidad de los cielos; su actitud revela su superioridad sobre las demas criaturas visibles, y su corazon, tan misterioso como los espacios indefinidos de la creacion, abriga como en un abismo insondable el sentimiento de un insaciable amor, y el hambre y la sed de lo infinito. Vedle cuál vá á imprimir á la naturaleza material el sello de su propia inteligencia; debajo de sus manos desplegarán sus encantos las maravillas de las artes, como flores que se abren á los rayos del sol, y los elementos aprenderán á encorvar delante de su génio, sus fuerzas vencidas y disciplinadas. El medirá desde ese punto del espacio la magnitud y el curso de los globos resplandecientes á que alcanza su vista, y aun descubrirá los que se ocultan detrás del polvo luminoso de otros astros: él penetrará las leyes eternas, bajo las cuales, el Augusto geómetra sentó las bases de su obra, como si hubiese asistido á su lado cuando las formó; y no contento con hacer tributaria á toda la naturaleza de sus necesidades y placeres, hendirá, por decirlo así, los tiempos y los espacios, para informarse de sus destinos, y arrojar un rastro de luz, no solo sobre la noche de lo pasado, sino aun sobre la noche mas oscura del porvenir; ejerciendo un cierto dominio sobre los tiempos, como una muestra de sus derechos á la inmortalidad. La misma Divinidad se dignará hablarle familiarmente, y él sostendrá sin quedar oprimido el peso de este comercio formidable, y elevando hasta él todo este mudo universo, y cubriéndole con la dignidad de su propia persona, pagará la deuda de la creacion, haciendo subir hasta el cielo el perfume de una plegaria ardiente de amor, y la alabanza pura de una vida sin mancha.

Adan, empero, se hallaba solitario todavía en la inmensidad de su imperio, del cual tomó posesion solemne, imponiendo nombres á los animales, esclavos suyos, pues por una órden divina pasa-

ron éstos delante de él, y recibieron, cada cual segun su especie, nombres adecuados á su naturaleza. Pero ninguno de ellos era igual al hombre, ni capaz de comprender sus comunicaciones, ni de responder á ellas. Algo faltaba, pues, á la plenitud de la vida de Adan, porque en efecto no estaba organizado para vivir solo, y su pensamiento y su corazon tenian necesidad de simpatías fraternales de otro pensamiento y de otro corazon, porque si es posible pasarse sin amigo en el infortunio, en que á veces se ama abismarse en la soledad de sí propio, no lo es jamás en la felicidad.

Y dijo el Señor: «No es bueno que el hombre éste solo: hagámosle una ayuda que se le parezca.» Con todo, no crió á la mujer como habia eriado al hombre: formóla, no de un grosero barro, sino de una materia ya purificada y ennoblecida. Infundió á Adan un profundo pero sosegado sueño; y de esta dura cubierta que abriga y protege al corazon, separó un hueso, y de él hizo la mujer, porque Él es autor de la vida, así como es árbitro de la muerte. La materia, obediente, se redondea bajo sus dedos divinos, y la misma nada palpita y se anima bajo su soplo creador. Así, para significar sin duda que la mujer seria la compañera de honor, y no la esclava ni la tirana del hombre, el Criador la formó de un hueso tomado de esta region del cuerpo en donde late el órgano de los sentimientos generosos, especie de santuario habitado por todo cuanto el hombre ama y respeta, é inaccesible á cuanto el hombre desprecia ó aborrece.

Quando de esta manera hubo Dios *edificado la mujer de la costilla de Adan*, conservando la expresion de la Escritura, para pintar por este estilo grandioso y severo todas las admirables proporciones y órden magnífico que en la mujer resaltan; quando hubo acabado de formar la nueva criatura, igualmente hecha á su imájen y semejanza, la llevó delante de Adan. Presentóse por primera vez á los ojos de nuestro primer padre pura y graciosa como una fresca mañana de Abril, decorada con los albores del dia y con los perfumes de la tierra: su inocencia igualaba á su belleza, porque ningun desórden habia alterado todavía las obras de Dios, ni

convertido en peligro su sencillez inmaculada. Una modestia virginal la cubria como una gasa trasparente, y su mirada se fijaba con candor y timidez. Un sentimiento interior le inspiraba que debia dejar al hombre el derecho de buscarla, y que no debia ser ella la primera en pedir. Su tez sonrosada hacia olvidar los vivos tintes de la aurora, y su voz sonaba mas dulce que el gorgojo de las aves y el blando susurro de los céfiros. Adan salió del sueño estático, durante el cual su alma, por el contacto de una luz celeste, habia contemplado lo que Dios hacia: reconocióse en la mujer como en una bella mitad de sí mismo, y los tiempos futuros recorrieron su velo á los ojos del hombre, el cual pronunció estas palabras llenas de ciencia y de misterio: «Ved ahí ahora el hueso de mis huesos, la carne de mi carne; ella tendrá un nombre que indique al hombre, porque del hombre fué sacada. Por esto, añade el Señor, ya sea por sí mismo, ya sea por boca de Adan, el hombre dejará á su padre y a su madre, y se reunirá á su mujer, y serán dos en una misma carne.» Así quedó contratada y establecida por inspiracion, y á la presencia de Dios, la union del hombre y de la mujer, dulce comunidad de pensamientos y afectos, reflejo de la union eterna, que hace la felicidad de las divinas personas, é imájen profética de las augustas nupcias que el Verbo debia celebrar un dia con la naturaleza humana. De esta manera recibió el matrimonio ya desde su origen un carácter de unidad y de indisolubilidad, por el cual se sustrae de la tenebrosa condicion á que quisieran sujetarle el grosero imperio de los sentidos ó las miras interesadas del egoísmo; aspirando á la dignidad ó al mérito de un acto religioso, y á la sublimidad de un tierno y delicado sacrificio. Despojándole de este doble sello que le consagra y robustece, los pueblos paganos lo habian degradado en la legislacion y envilecido en las costumbres. La religion cristiana le ha restituido sus condiciones primitivas de pureza y de gloria; y la Europa culta, á pesar de haber presenciado con escándalo de la civilizacion y de la moral algunas tentativas siniestras, no permitiria que se le desheredase públicamente de los derechos que ha reconquistado.

Despues de haber bendecido Dios al hombre y á la mujer, comunicóles la fecundidad, gloriosa emanacion de su virtud creatriz, y constituyó en algun modo el dote del primer matrimonio. «Creced, dijo, y multiplicaos; llenad la tierra y sometedla; mandad á los peces del mar, y á las aves del cielo, y á todos los animales que se mueven sobre la tierra.» Y señalóles despues por alimento las yerbas y las frutas de los árboles. Concretándonos á lo literal del texto bíblico, y mas aún aplicando sus palabras al permiso que dió Dios á Noé despues del diluvio, de comer la carne de los animales, podria pensarse que al principio la raza humana no vivia sino de legumbres, de plantas, de raices, de granos y de frutos. Esto no quiere decir que ya desde un principio no estuviere ella organizada para alimentarse tambien de carne; supone sí únicamente que los séres no están obligados á ejercer todas sus funciones siempre y en todas partes. La dichosa fecundidad de la tierra, el sabor de las plantas y de los frutos, la robustez de los primeros hombres, quizá la rareza de los animales y la necesidad de su reproduccion; todo explica el motivo de aquella abstinencia impuesta á las antiguas edades. Nadie ignora, de otra parte, que los pueblos han guardado el recuerdo de una vida sencilla y frugal, cuya existencia colocan en el origen del mundo: sus liratos han cantado en armoniosos metros la sobriedad de nuestros abuelos que, no comiendo mas de lo necesario para sostenerse, se contentaban con viandas sin condimento, que la rica y sometida naturaleza derramaba á sus piés.

Vió Dios que todo cuanto habia hecho era bueno, ó lo que es lo mismo, aprobó su obra y se complació en ella; y como todos los séres, tan diferentes entre sí, nó traspasaban los límites naturales de sus respectivas facultades, reinaban en el inmenso conjunto de la creacion el equilibrio y la armonía. La naturaleza entera parecia sonreír al hombre como á su Señor, el cielo estaba en una serenidad perpétua: el trabajo, léjos de ser una fatiga, era un placer; los animales se doblaban dóciles á las órdenes de su rey: y como el alma obedecia á Dios con fidelidad, ejercia un fácil imperio sobre

el cuerpo su compañero y súbdito: todo se movía según el plan trazado por la sabiduría del Criador. Pero esta paz, si bien no fué de larga duracion, dejó trazas indelebles en la memoria de los pueblos, los cuales, como proscritos que recuerdan en el destierro los goees perdidos de la patria, todos han suspirando y han consagrado cantos á esta edad de inocencia y de felicidad á la que llamaron la edad de oro. Solamente el sensualismo les hizo olvidar ó desconocer las mayores muestras de órden que Dios habia impreso á su obra; pues casi no saben pintar sino las dulces y apacibles estaciones, los animales pacíficos bajo la mano del hombre, la tierra dando sus productos sin cultivo: añaden algunos á este cuadro ciertos rasgos ó caracteres de la bondad moral que decoraba el naciente mundo, como la sencillez y frugalidad de las comidas y la moderacion en los deseos, y aquella equidad natural de la que se lamentaban que la vida pastoral no conservase sino un débil vestigio, á pesar de la sencillez de sus costumbres. Mas escapa á su penetracion la parte mas grave é importante de aquella simplicidad primitiva; porque se halla fuera del alcance de su inteligencia que solo pudo beber en corrientes turbias y alteradas la pura verdad de la tradicion primitiva; y no alcanzaba á comprender en qué podia consistir la dignidad y la perfeccion del hombre al salir de las manos augustas del criador.

La Biblia, empero, por el contrario, partiendo del carácter asombroso del actual desórden, nos revela el órden infelizmente desvanecido por medio de la señal mas expresiva, cuando nos dice que el cuerpo humano revestido de santidad carecia del vergonzoso oprobio de su propia rebeldía. Los dos, dice, estaban desnudos y no se avergonzaban. En su origen, nada debió hacer bajar en la confusion la augusta mirada del hombre: el pudor, así como el arrepentimiento, es la virtud de una naturaleza vulnerada y que se siente enferma, y no el privilegio de una naturaleza inecente é invulnerable; el pudor es como un velo que el alma extiende sobre sus ruinas.

El hombre y la mujer, creados en la edad perfecta de la vida:

ricos con los dones de la naturaleza y de la gracia, fueron transportados al Eden, ó Paraíso terrestre. No está fija la opinion de los autores acerca la situacion de este jardin encantado; y en esta divergencia de pareceres, unos le colocan en la Armenia, otros en la Palestina, otros por fin en las llanuras de la Caldea. Pero lo cierto es que debe colocarse en Asia, en aquellas regiones en que sobre ruinas amontonadas por las guerras y los siglos, y á pesar de los cambios que han trastornado el globo y alterado las estaciones, admira aún el viajero los ejemplos de asombrosa fertilidad, sitios verdaderamente maravillosos, y un cielo puro y lleno de esos ardientes y lucidos tintes, de los cuales ofrecen un reflejo, bien que frio y pálido, las suaves regiones del Mediodía.

Moisés hace del Paraíso terrestre esta descripcion en el 2º capítulo del Génesis: «El Señor Dios habia plantado desde el principio un paraíso (ó jardin) de delicias, en el cual puso al hombre que habia criado. Y brotaba desde el deleitoso lugar un rio para regar el Paraíso, y que fuera de él se dividia en cuatro brazos. El uno se llamaba Phison, el mismo que circuye todo el país Hevilath, de donde viene el oro. Y el oro de aquel país es muy precioso, y allí se halla tambien el Bdelion y la piedra de Onyx, y el segundo rio se llama Gehon, y es el que rodea todo el país de Etiopia. El nombre del tercer rio es Tigris, que pasa por la tierra de los asirios, y el cuarto es el Eufrates. En tan ameno lugar, pues, puso Dios al hombre para que lo cultivase y lo guardase.»

Parémonos un momento sobre esta indicacion del historiador hebreo. A pesar de la gran catástrofe del diluvio, y de tantas otras revoluciones acontecidas en la superficie del globo, los países regados por el Tigris y el Eufrates han sido siempre y son aun en el día, los mas amenos, fértiles y hermosos, según el testimonio de Diodoro Ciculo, Q. Curcio, Tournefort, Procopio y Jenofonte. Es muy fácil de conocer el Phison por las circunstancias con que Moisés lo caracteriza; Allí está tambien el Bdelion y la piedra de Onyx. El país de Hevilath, es la misma Arabia, como nos lo dice Josefo, region célebre por la belleza y abundancia del oro que

producia. David dice en sus cánticos, que se ofrecerá al Mesías oro de Arabia, país de rica fecundidad de oro, perlas y piedras preciosas. El Phison, pues, es aquel brazo del Eufrates que desagua en el golfo pérsico, así como el segundo rio, al cual dá Moisés el nombre de Gehon, es el que rodea el país de Chus, ó sea, como lo traduce la bulgata, el país de Etiopia. Y reconociendo todos los geógrafos que el Chusistan es la tierra de Chus, y que esta provincia forma la longitud del brazo oriental del Eufrates, preciso es concluir que el rio, conservado aun hoy dia, es el que designó Moisés treinta y cuatro siglos hace con el nombre de Gehon. El tercer rio del Paraíso terrestre es el Tigris, que segun Moisés, recorre la Asiria, y es de notar que este rio pasa aun en el dia por el mismo país que llevó su nombre. El cuarto rio es el Eufrates, al cual no dá distintivo alguno el sagrado historiador, por ser muy vecino y conocido de los hebreos, cuyos padres habitaron el país que riegan sus caudalosas corrientes.

A la luz, pues, de la historia y de los vestigios de antiguas tradiciones, confirmadas en parte por el estado geográfico de nuestra época, hallamos una region en el mas bello clima y en el mas hermoso y rico país del mundo. Vémosla regada por un rio, partido en dos brazos superiores y dos brazos inferiores; y atendida la inmensa distancia de los siglos y los sacudimientos del globo, nadie puede negar en los países por donde pasan aquellos cuatro brazos, las señales con que Moisés los caracteriza.

La palabra *Eden*, en las lenguas orientales, significa genéricamente un lugar agradable y fértil; un país de abundancia y de delicias: es un nombre apelativo que se ha dado á varias regiones de la rica y voluptuosa Asia. El Tigris y el Eufrates son dos rios célebres y muy conocidos; y si bien en cuanto al Phison y al Gehon han andado algo discordes los pareceres de los sábios, todos han reconocido la verdad de la narracion del historiador sagrado, á pesar de los varios sistemas mas ó ménos admisibles, para fijar la verdadera situacion del Paraíso terrenal.

El Eden, pues, habia sido plantado desde el principio, y en él se

encontraban toda especie de árboles bellos á la vista, y toda suerte de frutos gratos al paladar: regábale un manantial abundante, que se dividia despues en cuatro rios. El verdor, las flores y los perfumes, la pureza de la luz y de los cielos que recreaban los sentidos del hombre, eran como la imájen de los goces superiores en que vivia su alma. No conocia aun la desobediencia y la desgracia, puesto como custodio del terrenal paraíso, trabajaba en él por complacencia, y no con dolorosa fatiga. ¡Ay! tanto el jardin como la felicidad desaparecieron. Del uno quedan algunos vestigios en la magnífica y rica naturaleza de Oriente: del otro no hemos guardado mas que un melancólico recuerdo, que nada puede debilitar ni abolir: semejante al viajero que en las suntuosas ruinas de Athenas ó de Palmira contempla con profunda tristeza la opulencia y el orgullo de aquellas dos famosas ciudades.

El sublime cantor del Eden traza una pintura tan bella como animada de la esposa de Adan, cuando se presentó por primera vez á los ávidos ojos del monarca de los abismos, que habia atravesado el caos y la creacion para ir en busca de los afortunados esposos. Divisó asombrado dos séres mas nobles que las demas criaturas. La majestad de su porte, su frente elevada hácia el cielo y la pureza de que estaban revestidos, parecia conferirles el derecho de reinar sobre el universo cuyo cetro empuñaban. En sus divinas miradas brillaba la imájen del Criador, la verdad, la razon, la sabiduría, una santidad severa y pura, temperada por aquel aire de moderacion y de rectitud que tan bellamente caracteriza á los reyes.

Notábase, sin embargo, entre ellos alguna desigualdad que les daba ventajas recíprocas. El uno estaba formado para la contemplacion y el valor, la otra para la dulzura y las gracias: ésta para Dios solo, aquella para Dios y para el hombre. La frente despejada y la vista majestuosa del primero indican la superioridad: sus cabellos de jacinto, dividiéndose sobre su frente, cuelgan noblemente ensortijados por uno y otro lado, pero sin fluctuar sobre sus largas espaldas. Su compañera, por el contrario, deja

caer como un velo de oro sus trenzas sobre su cintura, donde forman caprichosos anillos, así como la encorvada cepa sus tiernos vástagos al rededor del frágil tronco, símbolo de la sujecion en que nació nuestra madre; y de la necesidad que tiene de un apoyo. Su corazon, obedeciendo á la suave ley de la naturaleza, se adheria á su esposo, cautivándole por la sumision, y haciéndose amar de él por su modestia. El ojo no tenia que retirarse de objeto alguno, todas sus miradas eran de inocencia; no estaban ocultas las misteriosas obras de la naturaleza, y el culpable rubor les era desconocido.

¡Oh rubor, hijo infeliz de la culpa! ¡cuántas turbaciones introduces en la vida del hombre, obligándole á tomar las apariencias de una falsa pureza! ¡tú desterraste la mayor felicidad de sus dias, la sencillez y la inocencia! Nuestros primeros padres no habian advertido su desnudez, no se ruborizaban á la presencia de Dios ni de los ángeles, porque no tenian conocimiento del mal.

Así caminaba, dándose los dos la mano, este matrimonio el mas asombroso que unió el fuego del amor; Adán, el mejor de los hombres que existieron despues; y Eva, la mas hermosa de cuantas mujeres engendraron sus hijas.

Despues de haber cenado deliciosamente, los dos esposos á la orilla de una fuente, y bajo la sombra regalada, se prodigan las mútuas caricias de un amor, á la vez inocente y ardoroso: la llama de su amor era pura y brillante como el azul de un cielo estrellado: carecian aun del triste privilegio de buscar un placer engañoso y fugitivo entre las fatigosas tormentas del corazon. Un amor de ángeles unia á aquellos dos jóvenes esposos como dos inteligencias, como dos serafines revestidos de un cuerpo como de un velo de candor.

Entre tanto, Satanás, encubierto bajo la figura de uno de tantos animales que jugueteaban en torno de sus señores, contemplaba aquellas criaturas afortunadas, casi con ternura sofocada por la sed infernal de su perdicion. Y miéntras maquinaba su ruina, entre tanto los dos esposos se comunican apaciblemente sus

ideas de reconocimiento y obediencia al Criador, y sus amorosos sentimientos. Y en medio de tantas imágenes, todas bellas, Eva recuerda á su esposo el dia en que fué formada; aquel dia, dice, en que saliendo del primer sueño me quedé atónita muellemente recostada sobre un lecho esmaltado de flores á la sombra de una frondosidad deleitosa, sin saber donde estaba, quién era, ni como habia sido traída á este sitio. No léjos de allí percibia el murmullo de un arroyo que salia de la cavidad de un peñasco, derramándose despues y formando una llanura de líquido cristal que reflejaba los espacios celestes. A ella corrí desde luego, y como nada sabia, me incliné sobre el matizado borde de aquel lago cristalino, en donde me pareció ver otro cielo: percibí al momento una figura que se inclinaba tambien hácia mí. Huí asustada, y luego tambien ella: alargué otra vez la cabeza, y volvió á acercárseme, como llevadas las dos de una dulce simpatía de encanto y de amor. Y aun quizá gozaria de aquella ilusion, si no hubiese oido una voz en el desierto, que me dijo: "Tú, bella criatura, tú misma eres el objeto que ves: contigo huye y vuelve á aparecer; pero sígueme, y te conduciré donde no burlará tus abrazos una sombra vana, y donde hallarás á aquel cuya imagen eres. Tuyo será siempre; le darás una multitud de hijos, semejantes á tí, y serás llamada la madre del género humano." ¡Qué habia de hacer yo! seguir á mi conductor por un impulso invisible. Te divisé á la sombra de un plátano: bello y majestuoso me pareciste; sin embargo, hallé tu hermosura no tan dulce y seductora como la de la imagen fugitiva que habia visto dentro del agua. Quería huir, pero tú me seguiste, y levantando tu voz en medio de la soledad: "Detente, me dijiste, Eva agraciada, vuelve, ¿Sabes de quien huyes? ¿Temes unirte con aquel cuya carne y hueso eres tú misma? Saliste de una parte muy cercana á mi corazon, y á mi lado debes estar eternamente. Mitad querida de mí mismo, ven á ser el embeleso de mi vida, yo te reclamo como á mi otra mitad." Entónces me tomaste dulcemente la mano y te seguí, y conocí despues

que la fuerza y la sabiduría tienen una belleza mas verdadera que la hermosura con todas sus gracias.

Así habló la madre de los hombres, inclinándose medio abrazada á nuestro primer padre con miradas llenas de amor, y como poseída de un tierno abandono. La mitad de su inflamado pecho viene misteriosamente á caer bajo sus dorados y flotantes cabellos, y á rozarse con el de su esposo, el cual, embriagado de amor por la beldad y por las gracias de su misma sumision, le sonrie con aquella ternura que, sin degradar la superioridad, sabe entregar-se sin reserva. Adan estrecha despues con un ósculo, tan puro como el candor, los lábios fecundos de la madre de los hombres.

Despues de haber entonado el himno de la noche, y dado gracias al Señor, acuéstanse los dos jóvenes esposos sobre un lecho de flores, á gozar de las blanduras de un sueño lijero y puro como el vapor diáfano de una mañana de primavera. ¡Yo te saludo, exclama extasido el cantor de Eden, yo te saludo amor conyugal, misteriosa cadena, puerta de la vida, origen fecundo de todos los vínculos de familia! Tú nos preservas de los charcos inmundos del crimen. Sobre tí llovian las bendiciones que Dios derramaba á los antiguos patriarcas, prometiéndoles mas generaciones que las estrellas del cielo. Tú sostienes siempre viva la llama del amor, de un amor santo, puro, que huye del pérfido sonreír de una mercenaria infame, en esos tumultos nocturnos, donde el crimen se oculta bajo un manto de oro, acompañado del escándalo, y seguido del desprecio y del hastío.

En el Eden habia dos árboles notables entre todos los demás: tal era el árbol de la vida, llamado así porque debia comunicar al hombre la inmortalidad, pues Dios da la virtud de conferir sus gracias y beneficios á lo que quiere, y confia las mas eminentes calidades á las condiciones mas humildes. Habia tambien el árbol de la ciencia del bien y del mal, que tal vez se llamó con este nombre, para significar que tocando á él, contrariando la prohibicion divina, el hombre conocia todo el bien que acababa de hacer, y todo el mal que acaba de atraer sobre sí. Dios, pues, dijo al hombre: "Comerás de

todos los frutos de este jardin; pero no toques el fruto de la ciencia del bien y del mal, pues el dia en que de él comieres, morirás." Y este mismo precepto se intimó tambien á la mujer. Los ciegos elementos del mundo material hacen lo que les precisa que hagan una fuerza invencible, y van hácia donde ésta les impele. Pero los espíritus deben ser gobernados por leyes que ellos pueden desatender y despreciar, porque son libres; pero que son inexcusables en violarlas por el mero hecho de que pueden cumplirlas. Como árbitro absoluto, Dios puso un mandato, y como infinitamente sábio, tomó por materia de su prescripcion un objeto sensible á causa de nuestra naturaleza complexa, y como bondad sin límites, dió una órden fácil, que hubiera hecho la vida cómoda y placentera, si no hubiese dejado de ser inocente.

La libertad, pues, hacia el mal posible, y aun algo mas, le tornó seductor: la rebelion se hizo visible: armóse de un lenguaje especioso, y vino á dar su ataque al hombre inexperto. Existian otras criaturas inteligentes y libres, pero no unidas á cuerpo alguno. Dios habia ya sujetado á la prueba á todos estos puros espíritus, y muchos de ellos habian sucumbido. Como astros escapados á la fuerza que los retenia en su órbita, y abriéndose una nueva ruta en espacios desconocidos, escapáronse de las manos de Dios por una especie de huida espantosa; y el delirio falaz de su independencia convirtióse en la agitacion y en el dolor de un arrepentimiento inexorable. Tránsfugas de la luz y del amor, cayeron en las tinieblas, castigo natural de los espíritus, y en el odio, castigo el mas cruel para el corazon. Desde el fondo de su miseria, uno de estos espíritus, como hemos visto, contempló la felicidad del hombre, y se abrasó en envidia. Tomó la figura de serpiente, para mejor deslizarse hasta el corazon, á quien queria seducir, y para destruir en él de raiz y aniquilar en su origen todos aquellos goces cuyo espectáculo no podian sufrir sus ávidos ojos. No hay duda que hubiera podido ocultarse bajo cualquiera otra figura; mas como existen ciertas relaciones de analogía entre el mundo visible y el invisible, á consecuencia de esta ley seguramente,

y por una disposición de la Providencia, el tentador, e vez den presentarse bajo la forma de un animal noble y majestuoso, tomó la forma de serpiente, pues hay cierta imagen de fraude y de cobardía de perfidia en las maneras de ese reptil que camina arrastrándose, y que tan presto acaricia como mata.

Movida por el espíritu del mal, la serpiente se acerca á la mujer sin espantarla, pues los animales estaban entonces en una natural sujeción al lado de sus señores. Háblale, sin que ella lo admire, porque al pensarlo bien, un animal que despedía sonidos articulados, no podía parecer una excepción, cuando todas las cosas nuevas aún y no conocidas, debían ser consideradas como igualmente sencillas ó prodigiosas. Y la serpiente dijo á la mujer: ¿Por qué os ha privado Dios el comer de todos los árboles del Paraíso? No se dirije de frente á Adán, temiendo ser hartamente descubierto y rechazado: temía sin duda tener que luchar contra aquel carácter circunspecto, celoso de la iniciativa y prevenido por la conciencia de su fuerza contra toda extraña influencia. Diríjese á la mujer, organización delicada y viva, que se pone en juego al menor choque, al mas ligero soplo; alma propensa á las comunicaciones expansivas y á la confianza, porque tiene necesidad de apoyo; inteligencia ilustrada y dirigida por un corazón, y revestida por esto mismo de todo el encanto, pero también de toda movilidad del sentimiento.

En vez de usar de su poder sobre la serpiente para cubrir su pregunta con el silencio y el desprecio; en vez de vengar el ultraje hecho al legislador supremo; la mujer sale de su dignidad de reina, y entra en discusión. “Comemos, dice, de todos los árboles que están en el Paraíso; pero en cuanto al árbol que hay en medio de él, Dios nos ha prohibido comer de sus frutos, ni tocarlos, por temor de que muramos.” La respuesta no era ni generosa ni leal: expresa el temor en vez del amor ó del reconocimiento, y envuelve en fórmula de duda *por temor de que no muramos*, ó *no sea que muramos*, la amenaza explícitamente positiva del Señor: *Vosotros moriréis.*

Cobró aliento el tentador, y replicó: “No, no moriréis.—Dios sabe, al contrario, que el día que comiereis de ese fruto, se abrirán vuestros ojos, y seréis como dioses, sabedores del bien y del mal.” No podía mentirse con mas acento de seguridad. Entre dos palabras contradictorias, la una que venia de Dios y la otra de la serpiente, clara y fácil era la elección; pero la primera respiraba terror y ponía trabas, y la segunda contenía agradables promesas, y lisonjeaba los instintos de la independencia. Así es como el mal se disfrazaba á nuestros ojos bajo el colorido del bien, oponiendo ingeniosamente al yugo de la virtud y á la gravedad del deber, la imagen de un placer, que se parece á la libertad y á la ventura, hartamente semejante á esos fuegos que aparecen de noche sobre los pantanos y que atraen al viajero para poner el pié en los abismos.

La mujer se habia complacido demasiado en prestar oído á la serpiente, y habia defendido mal su corazón contra el deseo y la esperanza de conocerlo todo: declaróse ya un principio de rebeldía en la región de la inteligencia, por donde acababa de pasar el orgullo. El sacudimiento se extendió hasta á los sentidos, compañeros y súbditos del alma, al modo que se observa en el semblante de los criados asomar el gozo ó pintarse la sombría tristeza que se pinta en el rostro de un amo respetado: los sentidos se hicieron á su modo sediciosos: la mujer fijó su vista en el árbol prohibido; su fruto le pareció bueno para comer, bello y agradable á los ojos, y este era el último golpe dado á una fidelidad ya desquiciada y vacilante. Los sentidos, fascinados, reaccionaron sobre el espíritu que no les habia gobernado con discreción, y el espíritu fué vencido. La mujer tomó la fruta y la comió.

Desde aquel momento la serpiente se creyó mas segura de la mujer, que de sí misma: desaparece, y la deja que aparezca ante su esposo. Esta naturaleza, ahora mismo tan débil para resistir, vá á ser muy poderosa para vencer, pues abatirá al hombre, á quien el padre de la mentira no se atreve á tantear el engañarle; porque el hombre se halla sostenido por una fiereza natural al luchar con todo lo que es fuerte, y su corazón mismo le vende cuando lucha con-

tra lo que es blando y frágil. Así, Adán fué conducido en un principio por la condescendencia mas bien que determinado por raciocinio alguno. El contristar por una negativa á su sola y querida compañera, le pareció sin duda amargo y cruel; sintióse inclinado, y su corazón ablandado, sucumbió, arrastrando al pensamiento en la caída. Dió la mujer el fruto á su marido, el cual le comió como ella, obedeciendo á los mismos atractivos del orgullo y de la sensualidad.

Abriéronse al mismo instante los ojos de los culpables, pero no á las luces de gloria y de sabiduría que la serpiente hacia esperar; fué un despertar amargo que desvaneció las ilusorias riquezas que se habian amontonado en un sueño. La desnudez, cubierta hasta entónces por la simplicidad y el candor de la inocencia, se convirtió en una carga insoportable; y cosa mas lamentable aún! esta desnudez no era mas que el resultado, ó por mejor decir, la expresión de un despojo y de una indigencia puramente espiritual. La voluntad cesó de reinar como señora en su imperio; parecióle ver marcado una especie de oprobio en las obras de Dios, y en este equilibrio trastornado reconoció su degradacion, su miseria y su infelicidad. Los dos culpables se cubrieron con hojas de higuera entrelazadas como un cefidor.

Creemos no desagradará á nuestros lectores el ver reproducida, con el bello colorido de una poesía rica y fecunda, la escena que acabamos de describir. Estos fragmentos de un poemita español, escrito á últimos del siglo pasado, al paso que por su fluidez, naturalidad y viveza no podrán dejar de ser agradables aún á aquellas personas que por sus principios ó por su carácter conserven ménos afición á esta clase de composiciones, dará al mismo tiempo una idea del buen gusto que dominaba ya entónces en España, aun ántes de ser conocido el atrevido y caprichoso sesgo que domina en la mayor parte de las producciones de la escuela moderna.

En medio el Paraíso su guirnalda
Sobre palma y ciprés copioso extiende

Arbol bello, que en manos de esmeralda
Lucientes pomos de carmin suspende.
Arbol funesto, á cuya umbrosa espalda
Blandida al aire su guadaña tiende
La hambrienta parca, por fatal tributo
De quien gustare el delicioso fruto.

Lo vé léjos, y tiembla; ni se atreve
A tender Eva la asustada planta:
Alza los ojos paso, y ya la mueve
Curiosidad de ver belleza tanta;
Tiembla el pecho inflamado, y lanza breve
El mal cojido aliento: ya adelanta
El pié..... ¡infeliz! ¡ay! huye: muerte, muerte
El tronco infausto entre sus hojas vierte.

Llega al árbol fatal..... ¡Profeta santo!
Dáme lágrimas ¡ay! el lloro triste
Me dá, tu lloro, el lastimado canto
En que, cautiva tu Sion, gemiste:
¿Podrán cien lenguas el eterno llanto
Decir de la natura? Tú me asiste,
Tú me esfuerza á sentir: llorad, vivientes,
Todas vais á morir, futuras gentes.

Llega debajo el árbol, cuando presta
Horrenda sierpe de la hojosa cima
Súbito desarrolla, y vibra inhiesta
La aguda lengua que Satán anima:
Plega en arcos la espalda; la alta cresta
Sobre la inmensa mole se sublima:
Eva á su vista pavorida huyera
Si temor la inocencia conociera.